

Juan Loveluck

Notas sobre algunos cuentos de Luis Durand (1)



A obra de Luis Durand se gestó en 25 años de fecunda vida literaria. Un cuarto de siglo, si tomamos en cuenta la fecha de aparición de su primer libro (1929) y este año de su muerte. Cierra el vasto ciclo creador una novela que desconocemos y que el autor, en gran parte, trabajó durante 1954.

Imposible sería, con alguna honradez crítica, pasar la vista por los libros de Durand en las pocas páginas de un artículo. Necesariamente han de ser notas sobre un aspecto de sus creaciones. Los extensos análisis en torno de ellas serán los destinados, por diversos críticos del país, al concurso que por esta fecha ha abierto la Universidad de Concepción —un estudio crítico sobre el autor de *Frontera*— y cuyo plazo de recepción expira en septiembre de 1955.

Merecido y noble homenaje de nuestra Universidad a quien la sirvió con afecto y constancia.

(1) El autor de estas *Notas*... fué enviado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Concepción, para dictar una charla en el homenaje que el Liceo de Hombres de Traiguén —ciudad natal de Luis Durand— y su Academia Literaria "Luis Durand" rindieron en memoria del escritor fallecido, el 13 de noviembre del presente año.

* * *

Nos interesa en esta oportunidad mostrar algunos aspectos de la obra de Luis Durand como cuentista e insistir en ciertos caracteres, a nuestro modo de ver diferenciales, que se dan en sus relatos breves. Intentó nuestro autor ser un definidor de lo nacional a través de sus creaciones; quiso describir hombres y paisajes chilenos, fijar la idiosincrasia y el modo de vida de seres junto a los cuales pasó largos años de su existencia.

Varios libros de cuentos nos ha dejado Luis Durand. *Tierra de Pellines*, 1929; *Campesinos*, 1932; *Cielos del Sur*, 1933; *Mi amigo Pidén*, 1939, y *Casa de la infancia*, 1945, *Sietecuentos*, 1950, es una recopilación de los mejores relatos contenidos en los libros anteriores.

Si la contribución de nuestro autor a la novela nacional es valiosísima, a través de *Piedra que rueda*, *Mercedes Urizar*, *El primer hijo*, *La noche en el camino* y *Frontera*, su expresión cuentística corresponde a sus comienzos literarios, y en los libros antes indicados nos deja Durand *cuarenta y nueve cuentos*, muchos de los cuales constituyen los mejores aportes del criollismo a la literatura nacional. No podríamos afirmar que hay un desequilibrio de predilecciones entre novela y cuento en el caso del escritor recién desaparecido, pero sí que contribuyó como pocos a aportar una visión certera de tipos y paisajes chilenos.

Podríamos preguntarnos cómo obtuvo Durand esa percepción tan directa y sin torcimiento de hombres y paisajes del sur de Chile, que confiere a sus creaciones una nota especial y distinta dentro de expresiones parecidas.

La razón está en las tierras, en los lugares en que discurrió su infancia y que él conocía con intimidad; esos abiertos paisajes enmarcados muchos años de su niñez y juventud. No es novedad que repitamos aquí cuánto amaba ese suelo. No hace mucho, conver-

sando con su hijo, en Concepción, nos relataba éste los insistentes deseos que Durand manifestó siempre, aun en instantes en que la muerte estaba muy lejana, de reposar en Traiguén. He amado esos hombres y esos campos —le decía—: han sido el paisaje que yo he descrito; las vidas de esos hombres que conocí es la que he pintado en mis cuentos y novelas. Volveré a la tierra, pero a la tierra del sur . . .

Afortunadamente, sus deseos están satisfechos, y ello debe complacernos. Una mañana de noviembre hemos hecho el hermoso camino que une la ciudad de Traiguén con su cementerio y hemos rendido un tributo al hombre que nos regaló su infatigable cordialidad.

* * *

Nuestro autor, diferentemente de otros escritores, no fué al campo en busca de inspiración. Llegó del campo a las ciudades con un deslumbramiento interior que lo obligó, con amorosa imperación, a describirlo y a contar la existencia de sus hombres sencillos, desprovistos de las complicaciones urbanas, con una psicología sin mayores reconditeces, determinados hasta cierto punto por un paisaje de cielos abiertos y amplios horizontes. La persona que, desde Renaico, se interna hacia Traiguén, ve cómo un campo suave, lomas y largas extensiones planas, halagan la planta del hombre de la tierra y extasían su vista con un colorido cambiante y sorprendente, que va desde el rojo oscuro hasta el más tenue amarillo oro en el verano: es el campo de Durand.

No era Durand hombre que traicionara sus legítimas visiones. Con una honradez admirable, con peligro de que la crítica miope acusara a sus creaciones de intrascendentales o primarias, quiso poner en las páginas lo que conocía y tal como lo vió, sin torcimientos de ninguna laya. Esa sinceridad, precisamente, es la que ha de contribuir a mantener siempre en pie gran parte de las creaciones

de nuestro autor. A lo largo del tiempo, la serena y justa apreciación de los lectores —a veces más valiosa que la crítica— confirmará lo que sostenemos sin pretensiones de palabra definitiva.

Durand llevó siempre en el corazón lo que hizo tema y carnadura de sus creaciones. Todos sabemos que comenzó a escribir o, por lo menos, a publicar, cuando otros tienen varios libros editados. No había en él apresuramiento. En *Gente de mi tiempo*, sus memorias literarias, refiriéndose a su tardía entrada en las letras de Chile, ha escrito: "Yo llegaba atrasado, por mi edad, a esta batalla. Mis años de campesino que soñaba con expresar lo que veía a mi alrededor, sin pensar jamás en la publicidad, y luego los que pasé en el correo, dedicado exclusivamente a despachar cartas, diarios y folletines de Nuestra Señora de Lourdes, me dejaban muy atrás" (páginas 38-39). Mucho antes de publicar un libro aparecieron sus cuentos en "El Diario Ilustrado" y en "Zig-Zag". Por allí empezó su consagración. Melfi ha notado, en *El viaje literario*, la esencial condición del novelista: cuando premios, aplausos, ediciones sucesivas le trajeron fama, este hombre que hasta ayer nos acompañó, afianzaba, por sobre todo, su sencillez. Supo conservar esa posición que tanto apreciamos los que, muy jóvenes, nos acercamos a él y fuimos recibidos paternalmente.

Pero lo que no debemos extraviar de nuestro recuerdo es la visión del escritor que se inicia en su oficio después de saturarse de campo y de paisaje, después de asimilar la psicología y el habla campesina. Por trasladar a sus creaciones, vivamente, el modo de expresión de los campesinos, mereció la censura de algunos críticos. Nadie como Durand supo de la sinceridad que ponía en sus creaciones. Por ella respondió, no con polémica, a la que no era afecto, sino con insistencia y reiteración de lo censurado en sus narraciones.

Al aparecer su primera creación en forma de libro, la colección de cuentos que, por sugestión del crítico Ricardo A. Latcham, su prologador, se llamó *Tierra de Pellines*, el citado ensayista escri-

bió en tal proemio palabras muy certeras, que no resistimos la tentación de repetir: "Transcurrieron los más sazonados años de su juventud en las grandes haciendas del sur, entre hombres rudos de campo, al lado de vaqueros, de peones, de inquilinos y de los amos, duros y despreciadores amos de la tierra, desprovistos, casi siempre, de la más elemental humanidad. En ese ambiente de dureza y de trabajo, de abnegaciones heroicas y de sufrimientos callados, plasmó Durand las emociones literarias. En su corazón de escritor, más de una vez golpeó con energía el eco de las tragedias rústicas, de los infinitos padecimientos de esos anónimos y olvidados seres" (1).

No podemos, pues, apartar de un análisis de la obra de Durand, por superficial que sea, el significado de su primer contacto directo, a través de años, con esos paisajes y esos hombres del sur. Momentos plasmadores y definitivos que explican lo que podría llamarse el *criollismo funcional* de Luis Durand, es decir, su visión justa y ceñida de la realidad del paisaje y la gente campesina a través de lo que poseen de esencial. Una visión desprovista de amplificaciones o de agotadoras descripciones. Nunca el desequilibrio entre personaje y paisaje. Esta observación certera no ha sido lograda por todos los narradores de temas capesinos; acaso ninguno como Durand ha llegado a la literatura desde el surco mismo de la tierra.

Muchas son en la obra del gran novelista las reminiscencias de las tierras de Traiguén y de Quechereguas. Contaron esos años de su vida con la predilección y la ternura retrospectiva de Durand. El hombre maduro mira a través de cristal idealizador los años de su niñez y juventud, y en el caso del autor de *Mercedes Urizar*, esto se comprueba repetidamente. *Gente de mi tiempo* ayuda a sostener nuestros asertos con citas probatorias: "... yo amaba la lectura como uno de los más bellos goces que la vida me pudiera otorgar. Allá en Traiguén, donde nací, vivíamos en una gran ca-

(1) Tierra de Pellines, 2.^a edic., Nascimento, 1945, pág. 8.

sa de nobles maderas olorosas (2). Habitaciones amplias y silenciosas invitaban al ensueño a esa hora en que sólo se oye afuera el canto dulce de un pájaro o el golpe seco de una fruta que cae. Así, en el invierno, ¡qué bello era oír la atropellada e imponente sinfonía de la tempestad, mientras se tenía entre las manos un libro” (página 10). Y en el mismo libro, al referirse a sus primeras aventuras literarias, nos relata cómo, en largas cartas que fueron sus intentos iniciales de escritor, se veía impelido a describir la naturaleza y el mundo vegetal circundante: “Aquella inquietud, aquella ansia fervorosa de expresarme, sin poder encontrar el cauce verdadero de esa turbulenta exaltación que subía desde mi interior como una marea, la volcaba en cartas, en las cuales describía mis sentimientos, la naturaleza o el escenario que me rodeaba” (página 14).

Pronto volcó su existencia animosa en el trabajo. Entregó sus primeras energías a algunos terratenientes de la región natal. El mismo ha contado que se desempeñó como tenedor de libros en la hacienda “Híguerilla”, cercana a la estación de Copihue. El carácter bondadoso que tantas personas le apreciamos, debió de causarle no pocas molestias. No era hombre para dejar sin comer a una familia completa por la deuda de unos pesos. Ni anotaría con precisión todas las inasistencias de los trabajadores que, como en sus narraciones, andarían demasiado entusiastas haciendo el amor a las cubas caderonas. Sus servicios, así, por muy humanos, por dañinos a los intereses del pobre terrateniente explotado por sus trabajadores, deben de haber cesado cuando él no lo esperaba. En varios cuentos de *Tierra de Pellines* y de *Campesinos* encontramos, en una proyección autobiográfica fácilmente identificable, alusiones

(2) La casa donde nació el novelista se conserva más o menos como sería hacia 1895. Es edificio bajo, de robustez; recubren el adobe las maderas olorosas y antiguas de que habla Durand; por ellas resbala la implacable lluvia del sur. Se nos dijo que pronto será adquirido el edificio por el Liceo de Hombres. Allí se alzarán nuevos pabellones. ¿Se llamará “Luis Durand” ese liceo, en el futuro? Es probable, dada la admiración que la ciudad tiene a su escritor.

muy claras a estas dificultades, que terminaron por hacerlo buscar otros ámbitos.

Inolvidables años de comunión con la naturaleza fueron los de Quechereguas, según nos relata en la obra que venimos citando, en página que pone ante nuestra vista la importancia de la vida campesina de Luis Durand para entender sus creaciones "... fuí tenedor de libros en la hacienda Higuerilla, próxima a la estación de Copihue, y allí seguí garrapateando sensaciones de la naturaleza, conversaciones con los huasos y los inquilinos que me rodeaban. Olvido contar que el período más bello de mi existencia fué el que pasé en un rincón próximo a mi pueblo, llamado Quechereguas. De allí es mi libro *Tierra de Pellines*, cuyo título me insinuó Ricardo Latcham, cuando me hizo el prólogo de ese primer volumen de cuentos. De ese mismo rincón es mi novela *Cielos del sur* y la gran mayoría de los cuentos incluídos en mis primeros libros, como *Campesinos*, *Mi amigo Pidén* y alguno que otro de *Casa de la infancia*. Ese rincón de Quechereguas se ha quedado dentro de mi existencia como un paraíso perdido. Estoy seguro de que nunca he vuelto a ser tan dichoso como en esos años y de que jamás he estado después en un sitio más bello que ése, en el cual me rodeaba una naturaleza magnífica. La montaña, el río, los esteros escondidos entre los espesos quilantares de las serranías. Se me figura que no he logrado dar hasta ahora la sensación maravillosa de aquellas mañanas de primavera, cuando yo iba al campo en compañía del capataz y, de pronto, entre un camino estrecho, donde olía a follaje tierno, a tierra húmeda, a rincón misterioso y fresco, divisábamos una vaca recién parida o una yegua con su potrillito, que apenas se sostenía apoyado en sus flancos, temblando sobre sus largas patas vacilantes.

"La naturaleza nos da una sensación honda y sincera de lo que es la belleza del mundo y de la vida. Parece que nos proporciona deseos de ser más generosos, de darnos plenamente en una arrebatada euforia de luminosa alegría vital. El campo fué para mí como un deslumbramiento. Yo no sé de dónde saqué ese intenso

amor por la naturaleza, pero recuerdo que cuando era pequeño leía con inmenso agrado los avisos de los diarios en que se ofrecía un fundo en venta, con tierras de chacras, potreros de engorda y montaña. Me quedaba de bruces sobre el diario, soñando en la felicidad que significaría vivir en ese fundo. No me atraía en absoluto la vida santiaguina, que conocí siendo muy pequeño, pues estudié las primeras humanidades en el Instituto Nacional" (*Gente de mi tiempo*, págs. 15-16).

Hasta aquí la extensa cita. En ella las mismas palabras de nuestro novelista han ilustrado su posición frente a la naturaleza que incorpora como marco de sus creaciones. Fino observador del diálogo campesino desde muchacho, sabía trasladar a sus cuentos y novelas la gracia cazurra y chispeante del hombre de la tierra. Escuchamos hablar a sus personajes y nos parece que en algún rincón del país la gente se expresa así; alguna vez habrá de concederse mayor importancia a esta contribución de Durand a nuestra literatura nacional: la elevación a categoría estética —con digna y sincera intención— del habla de los campos, con sus elipsis, sus trueques, sus asimilaciones y sus metátesis.

✧ * ✧

El primer libro publicado por Luis Durand fué *Tierra de Pellines*. Apareció en 1929, editado por Nascimento y lo integran diez relatos:

- El Reni (El encanto),*
- El rodeo,*
- La picada,*
- Doña María de los perros,*
- La carreta de Juan Mordones,*
- El mal de ojo,*
- La Chascuda,*
- El casamiento de la Rosa Lastra,*
- La riña de los Pretiles.*

Cuentos de factura y temática distintas. Se combinan la superstición de los campos con cierto leve sentimiento trágico. Aires de tragedia y humor liviano. *Doña María de los perros* incorpora a nuestro relato breve un interesante tipo celestinesco.

Pero en el libro hay un cuento que sobresale y que la crítica ha elogiado largamente: *La picada* (1). En ese inolvidable relato aparecen todos o casi todos los aportes de Durand a nuestras letras: la traslación a plano artístico de un sector importante de la nacionalidad; la utilización directa del habla rural; la presencia sin caricaturas de la idiosincrasia del hombre de la tierra; la certera observación del paisaje en función de los personajes, que no se pierden ni disminuyen en él; la visión interiorizada del hombre y de sus fantasías, alucinaciones y estados morbosos, ya señalada por el crítico Eleazar Huerta (2); la comunicación humana y simpática, la pincelada de gracia, logradas con trazos de sencillez y varonía de estilo; la ternura con que el autor mira y hace andar, hablar, vivir a sus personajes; en fin, la emoción sencilla de nuestras cosas y un entrañable amor al animal.

* * *

En *La picada* hay real maestría en la descripción del proceso morbozo por que atraviesa Pedro Andaur, protagonista. La negativa de Cheno Gutiérrez para fiarle más vino, determina el "negocio" de Andaur con el incauto "on Polito": la venta del cuero de un animal recién muerto por efecto del carbunco bacteridiano. Un solo contratiempo ha sufrido al descuerar al Solimán: "Muy alto estaba el sol cuando terminó su faena. Preocupado de ella

(1) Véase un certero análisis de este cuento en la conferencia de Mario Osses *Sobre siete cuentos maestros de la literatura chilena*, publicada en "Atenea", núms. 279-280, septiembre-octubre, 1948, págs. 34-62.

(2) *El cuento chileno y Luis Durand*, "Atenea", núms. 279-280, págs. 26-33.

apenas advirtió que, al enderezarse, una rama le cruzó la cara, haciéndole una rasguño. Instintivamente se la restregó con rápido manotón”.

Una vez que Polito le cancela el regateado valor del cuero de Solimán, Andaur se encamina a casa de doña Antuca. Esta “vivía con una muchacha que sabía tocar unas tonadas muy alarmantes”.

A poco de llegado, Pedro Andaur se siente incómodo:

“Pero el hombre, por más empeño que ponía, no estaba tan alegre y locuaz como otras veces. Sentía una vaga molestia; y a ratos una comezón en toda la piel, tal si un rosario de espinas circulara por todo su cuerpo. Mientras más bebía con el ánimo de alegrarse, notábase más decaído y a momentos se tornaba triste y febril. Después experimentaba la sensación de irse elevando, hasta llegar al techo, de donde se derrumbaba bruscamente, para ver todo a su alrededor, girando en un círculo vertiginoso. Era como si la habitación se diera vueltas, y las mujeres, incluso Calluza, fueran muñecos tiranteados por un ser invisible que los hiciera contorsionarse en las más estrafalarias posturas”.

El perro Calluza, que ha de guardar la última voz del amo, no lo deja un instante. Crece en el relato hasta estatura humana. Acompaña a Andaur, lo lame y con su mirada expresiva parece infundirle ánimo y vida. Pero su dueño intuye el final:

“—Tamos en la mala, guachito. Parece que los vamos di acabuco”.

Más animado después de una noche llena de alucinaciones, Andaur emprende la marcha con Calluza al atardecer. Las penalidades del amo se reflejan en el perro de raza desvaída y la simbiosis de ternura parece hacerse por instantes más intensa:

“El Calluza marchaba mohino, con la cola entre las piernas y las orejas colgantes. Nada quedaba en él de su airoso aspecto del día anterior”.

Y cuando advierte al compañero inseparable “ahora sí qu’estamos pa nunca”, “el perro dió una aullido lúgubre, que pareció

encaramarse en la noche como una huiña herida al saltar sobre un árbol. Luego, acezando con afligida inquietud, comenzó a arañar el suelo, tal si quisiera demostrar su impotencia para calmar el dolor de su amo”.

Las visiones dantescas atormentan a Andaur. Hasta el descuerado Solimán viene en su busca, despidiendo fuego por los ojos.

El hombre piensa por primera vez en el agua. Un esterillo señala al sol su cauce de plata. Allí hunde el rostro, ávidamente. Se olvida que Calluza no es el enfermo o que no comparte con él la temible infección. “Toma agua, Calluza —murmuró bajito—, toma agüita, esto los va a mejorar”. La ternura por su perro, el ansia de vida le adelgaza la voz hasta el dulce diminutivo. Pero Pedro Andaur no ha de apartarse de ese estero cristalino. El vértigo se apodera definitivamente de su cuerpo. Sobre la arena, se siente dulcemente invadido por una laxitud precursora de los descansos definitivos. Es el verano, amarillea el sol, pero Andaur se muere. Y él lo sabe. Entonces pide a Calluza que le suavice la hora con la húmeda lengua que expresa las ternuras y las desesperaciones que no pueden comunicarse:

“Sólo la cara le ardía. Le ardía horriblemente. Quiso hablar a su perro y un desfallecimiento infinito se lo impidió. Apenas pudo balbucear, en un estertor ronco y estropajoso:

“—¡Lámbeme, Callucita, lámbeme, Ca...!

“Y su voz se extinguió para siempre”.

¿Qué hay en *La Picada*, podemos preguntarnos, que hace del relato algo inolvidable y que convierte en maestras sus páginas?

Ni el brillo formal ni el gran hallazgo temático. Pero, sí, la emoción y la ternura presidiendo el cuento. Sobre todo la emoción vital. Durand nos hace, por un instante, caminar junto a Pedro Andaur, sentir su sed, delirar con él. Y las sabias pinceladas descriptivas o narrativas hacen que, cuando la página desaparece de nuestros ojos, permanezcan imborrablemente las sombras de Calluza

y Andaur. Es que el relato posee, también, una fuerte concentración sentimental.

Con razón se considera *La picada* entre lo más logrado de la contribución de Durand al cuento nacional.

* * *

En 1932 aparece el segundo libro de cuentos de nuestro autor: *Campesinos*. En nuestra opinión modestísima este libro y el primero publicado por Durand son los más apreciables dentro de su producción cuentística, como conjunto cualitativamente homogéneo. En *Cielos del sur*, en cambio, se codean cuentos de la calidad de *Los ojos azules* con otros que desmerecen frente a las buenas narraciones del autor. Valga para esto último el caso de *Una tragedia sentimental*.

Encontramos en *Campesinos* once narraciones:

Remordimiento,

Un valiente,

Vino tinto,

El pato, muy estimado por el autor,

El hombre moreno,

Cuesta arriba,

Una tragedia montañesa,

Las "gracias" de don Antenor,

Historia de una leyenda,

La Chabela,

Cobardía.

La crítica, entre otros relatos, ha puesto siempre los ojos en *Vino tinto* como en uno de los mejores salidos de la pluma de Durand.

Anselmo López no puede morir de sed. Tiene que "afirmar las chapas". Pero se estrella con la firme resolución del joven patrón. Ante la negativa, la apetencia vinaria se exagera. "Teria la

lengua reseca y pegada al paladar, como un trapo seco o como un cuerpo extraño que estuviera de más en él. Sentía el estómago vacío, pero no le pedía alimentos, sino líquido. De ese caldo rojo, áspero y de grato sabor...

La angustia de Anselmo López transcurre en un paisaje que es como preparación para los entusiasmos báquicos, en antítesis con sus no satisfechos deseos de vino:

"Atardecía. Por entre unos álamos amarillos veíase el sol que descendía sobre el horizonte, iluminándolo con su fiesta de luces lujuriosas. A la derecha un pedazo de montaña virgen ponía su mancha verdinegra y espesa sobre los cerros empinados. Más abajo las viñas alineaban sus hileras de un amarillo descolorido, salpicado de hojas rojas, entre las cuales se divisaban los racimos negros, espolvoreados de blanco".

La pericia se traduce en insistencia para lograr el vino. López ingiere una prodigiosa cantidad de agua. Naturalmente, su estómago no la resiste. Casi en trance de agonía, recibe la limosna de un litro: "Se inundó de alegría la cara del hombre. Sus dientes sonaron al borde del jarro. Y esta vez, como si quisiera prolongar el deleite, se lo bebió a pequeños sorbos, paladeándolo con expresión beatífica".

La necesidad le afila el ingenio: un ladrillo suelto en la bodega de los vinos, otros que él quitará, y queda franqueado el líquido tesoro. Después de buscar entre las cubas la que se rendirá propicia a sus ansias, el primer sorbo: "Experimenta una intensa alegría. Todos sus achaques se han ido. Ahora le repica una campana en los sentidos".

Empieza el proceso de descripción interiorizada. Vemos el personaje desde fuera y también por dentro. La embriaguez comienza a apoderarse de su cuerpo: Durand se vale de fragmentos en que pinta maestramente las sensaciones internas de su personaje, progresivamente más intensas y estrafalarias. Un film inverosímil muestra ante los ojos atónitos de Anselmo López figuras del pasa-

do, miembros desarticulados de seres grotescos, llamaradas que no existen, como el alma vengadora de las cubas y el lagar robados: "Una sensación de vértigo lo hizo sentirse alado. El también giraba sobre la boca de los toneles, donde burbujeaba el vino, retorciéndose corporizado en oleadas espumosas y transparentes... Tenía ahora un látigo y lo hacía girar vertiginosamente. Un viento ardiente y sonoro agitaba las paredes que oscilaban como barcasas en el vaivén del agua, mientras su látigo zumbaba avivando las llamas chisporroteantes. ¡Hala, hala! Su látigo era maravilloso y hacía con él las cosas más absurdas. Bastaba moverlo. Ahora en el aire dibujaba a todos sus conocidos y de su hebra rutiladora surgían todo: aunque aquellos a quienes no veía desde niño. Apretaba los puños no más, e irrumpían, estrafalariamente, danzando contorsionados sobre los travesaños de las vigas. Doña Bartola Faúndez iba con las polleras cortas, unos zapatos rojos y unas calcetas verdes, bailando en los tacos y forcejeando para no irse de espaldas. Don Lorenzo, Pedro Pablo, Jacinto Muñoz, todos brincaban enloquecidos. Había eso sí que apretar los puños, fuerte, muy fuerte, pero se experimentaba un deleite sin nombre".

Y la fiesta de su imaginación de ebrio llega a extremos insospechados, que Durand detalla con gran acierto, hasta el momento en que, entre los rostros que asoman a la galería de sus alucinaciones, ve López al "soplete" Contreras, su enemigo. Olvidado de que su estrecho campo de acción es un tablón estrecho, salta sobre él y sólo abraza interminablemente el rojo caldo por que tanto delira: "El vino tibio lo envolvió entero, sumergiéndose allí, sin un grito, en la suave inconsciencia de un sueño que jamás termina".

En una noche de lluvia, de implacable invierno, "on Cachi" es invitado a asentir en la extraordinaria calidad del vino de ese año: "Muy verdá, on Peiro Pablo. Y el de la cuba grande ha sido el mejor. Tá de mascararlo el tinto ése".

El dramatismo del relato se proyecta hasta fuera de él. Des-

pués de la última frase del cuento, quedamos con la imagen de Anselmo muy dentro de nosotros.

Vino tinto posee tal dramatismo en su término y un desarrollo tan acertado que nos acompaña y se hace inolvidable. Merece bien el aprecio que por él manifiestan los conocedores de Durand, no sólo por su intensidad, sino por ofrecer una proyección interior de su protagonista, acaso la más acertada de cuantas intentó el autor de *Frontera*.

* * *

Un tercer volumen de cuentos ve la luz en 1933. Le da título la novela breve *Cielos del sur* y a ésta siguen ocho narraciones:

La última noche,

Los ojos azules;

Una tragedia sentimental;

El derrotero;

La noche campesina, que no es propiamente un cuento, sino evocación poética;

La muerte del zorro;

Un amor desconocido, y

Tortillitas.

En *Los ojos azules* demostró Durand su maestría en los temas que tienen como protagonistas a niños o adolescentes. Su fina sensibilidad nos da siempre trozos de ternura sincera, sin falseamientos. Nos parece, sí, que el elemento sentimental de este relato ha sido amplificado, en desmedro de su mayor concentración emotiva. Excesiva acumulación de lances desgraciados para Gabriel. Mas, con todo, el cuento debe figurar entre los mejores escritos por nuestro autor.

Diestro en su procedimiento, Durand escribía sus cuentos con una técnica elemental. Presentación de ambientes y de personajes lograda con livianura, por sabia combinación de trozos de diá-

lógicos y de descripciones, en gradación que, al final, nos deja en medio de los seres, ya conocidos a través de una breve entrada, de la cual están ausentes las frases interlocutorias:

“—Mamita, ¿y las princesas, cómo son?

“—¿Las princesas? ... Son ...

“En la borrosa luz, que esparce la pequeña lámpara de tubo ahumado, apenas se dibujaban las facciones de una mujer. Es joven aún, pero su cara está marchita y enflaquecida. Una dulce tristeza vaga en sus ojos cuando contesta las preguntas del niño.

“—¿Las princesas? ... Son las hijas de los reyes, pues, mi hijito, y son lindas, muy bonitas. Siempre tienen los ojos azules, el cabello rubio y las manos blancas, chiquitas y finas como si fueran de porcelana”.

Notemos la finura inicial. Desde la “borrosa luz” el ambiente se va haciendo más claro. Por las admiradas preguntas del niño, antes de que el autor lo diga, sabemos que Gabriel es ciego. El material del cuento parece brotar de la hipersensibilidad de un ciego. Se amalgaman en él la fantasía en que la madre embarca a su pequeño hijo y la brutalidad de un mundo hostil, la dureza de un padre que, según el razonar del niño, es seguro no tiene los ojos azules.

Azul, color de los sueños imposibles. El ensueño, lo vago, lo ideal. Gabriel, en medio de la oscuridad de su ceguera, se defiende tocando una flauta. De ella brotan sonos tristes y alegres. Un día se llevan al padre, muy lejos. Otro día, en invierno, su madre, la constructora de sus sueños, parte hacia el hospital, hacia la muerte.

Gabriel se queda sin sus ojos azules, aquellos que le traería Jesús.

Y en una calle “su flauta llora armonías nostálgicas”, mientras la gente lo mira, pasa y vuelve a pasar.

Eso es todo, pero Durand incorpora para siempre en nuestro recuerdo la imagen de ese músico ciego y el latigazo de una vida

injusta, que niega y que ofende, tanto o más que la miseria, la desidia y la indiferencia social.

Junto a *Los ojos azules* sobresale en el tercer libro de cuentos publicado por Durand el que lleva el título *La muerte del zorro*, sólida tragedia campesina que nos presenta el eterno triángulo amoroso con cierta novedad en la realización. Merece igualmente destacarse *La última noche*. En cambio, *Una tragedia sentimental* no debe figurar junto a los grandes aciertos narrativos de Durand.

* * *

En 1933 aparece el penúltimo libro de cuentos de nuestro escritor: *Mi amigo Pidén*.

Contiene el cuento que da título al volumen:

Aprendiendo a brujo;

En la vara;

Lejos de la buella;

El jilguero;

El sueño de Nanita;

La señorita Adriana;

En el andarivel;

Bajo la luna, y

El triunfo del Cenizo.

Predomina en el nuevo libro la nota trágica y también aparece la de buena comicidad, en *Aprendiendo a brujo*.

Mi amigo Pidén es mostrativo de un rasgo del hombre de nuestros campos: su ternura hacia el animal, preferentemente el caballo y el perro. No importa que el cuento tenga forma autobiográfica y corresponda en el fondo a más de una realidad vivida por Durand: ese afecto por el animal es una verdad de nuestro suelo.

Entre amo y cabalgadura se inicia una curiosa vida, mezcla de broma y de animadversión, cuyo ápice es el momento en que el protagonista del relato queda enganchado en un árbol: "Aún

me avergüenza recordarlo. Yo, un ser racional, dotado de inteligencia y de sentimiento humano, no supe ni pude contener mi ira, mi ciega furia. El Pidén, también enredado entre la tupida maraña del monte, esta vez no pudo huir. Entonces yo, temblando de rabiosa exaltación, he cogido un grueso garrote y lo he apaleado sin piedad, sin que él, amarrado, pudiera defenderse. Uno de sus ojos se ha cerrado por efecto de mis golpes. Junto al hocico le vierte sangre machacada de una honda herida. El, bajo la penumbra suave de la selva, ha perdido su gallarda arrogancia. Achicado y encogido parece más flaco...

Desde ese instante se establece entre ambos una profunda corriente afectiva. En el cuento hay una verdadera apología del caballo y páginas muy hermosas en que el autor nos habla del mundo que lo rodea, no otro que el de sus años mozos en Traiguén, Quechereguas y fundos del valle central de nuestro país.

Como Calluza en *La picada*, Pidén se convierte en amigo, confidente y consejero. A las conversaciones del hombre responde como puede y de acuerdo con lo que su inteligencia de bruto le dicta. En el relato, también, aparece una nota de íntima penetración con el paisaje: "Un airecillo oloroso y musical juega entre el ramaje de la orilla del camino; una leve niebla azulina envuelve el campo que nosotros, como sintiendo una sutil caricia, vamos desgarrando. El sol, como si hubiera trasnochado entre unas nubes coquetonas y encarminadas, proyecta una luz desvaída, que es una fina lámina de oro sobre los diversos matices del paisaje. Desde un roble, una lloica me pellizca dulcemente el corazón con las cálidas y entonadas notas de su canto: ¡chíu-chíu, chiriiiuuu!..."

Ternísima es la despedida de Pidén y de su amo ("El amor que desbordaba mi corazón juvenil, me hizo olvidar responsabilidades y desatender obligaciones"), y después de ella sabemos que el animal queda para siempre entre los grandes personajes irracionales de nuestras letras.

En *Aprendiendo a brujo* pueden señalarse dos notas de inte-

rés: la pasión campesina por las creencias de aparecidos y las brujerías, y una muy chilena nota de humor en que se mezclan la ironía y el tono castrero.

Venancio Lisboa tiene —además de Etelvina, su hija, de carnes frescas y tentadoras— conflictos con un enemigo suyo, Raimundo Rodríguez, a quien desea causarle algún “mal”. Para ello necesita un introductor en el “arte”. Nadie más indicado para desempeñar tan rara cátedra que Lucas Quintral. Lucas no es hombre que pierda el tiempo: mientras da clases a don Venancio, enseña más dulces materias a Etelvinita. Su ingenio le dicta instrucciones para una incursión aérea que don Venancio ha de efectuar sobre la casa de Raimundo Rodríguez. Esta demorará lo suficiente como para alcanzar a rendir la ya minada resistencia de la muchacha. La caída de don Venancio desde el “peral moto”, como contrapunto cómico del triunfo amoroso de Lucas sobre Etelvina, es de gran efectividad, pero donde la pluma de Durand vuela con gracia chilénísima es en las instrucciones preliminares al “raid” de Venancio:

“—Lárguese sin miedo, on Vena. Y no se le olvide que pa trabajar en el arte, lo principal es tener mucho coraje. También ha de tener presente que en los primeros volidos, cuando se tope con otros pájaros de la noche, usted tiene que estarse bien callampito. Ya una vez en los adros, uno comprende al tiro el idioma de los pájaros. Hay que ir, eso sí, con l’oreja al charqui. No es preciso tampoco aletiar muy tupío, pero sí tratar de contrapesarse bien. Cuando desee abajarse, tenga presente que hay que dejarse caer al copito de los árboles, porque en la ramazón, a uno que no es muy baquiano, se le enrean las alas y no es fácil afirmarse bien.

“—Ajá —hizo el viejo—. Pero al bajarse no habrá cuidao de mandarse al suelo. Mire que un guatacazo agarra cuero.

“Lucas respiró con fuerza antes de responder. La noche fué su cómplice al ocultar la diabólica sonrisa que se dibujaba en su rostro.

“—No hay cuidado si usted hace las cosas como manda la ley. Tiene que fijarse que el viento esté firmecito. En el copito del álamo espera bien atento que pasen tres pájaros que vaigan volando p'al norte. Di atrasito del tercero se larga usted. El primer envión ha de ser con todas sus fuerzas, con pica, le diré, pa mayor claridá. Con las alas destendías a too el anchor de sus brazos, parte aletiendo despacio, contrapesándose desde la partía. Ey es a onde tiene usted que pegar el grito: “¡Sin Dios ni Santa María!” Después lo va a encontrar tan facilazo que ni se va a dar cuenta cómo lo va a hacer. Encima de la casa del jutre, los vuelos los hace en círculos que va achicando hasta terminar en una ná. A las siete noches, la casa va a estar completamente embrujá...”

En el volumen *Mi amigo Pidén* sobresalen también dos relatos de problemas de infidelidad conyugal: *En el andarivel* y *Bajo la luna*, escritos bajo la señal de la tragedia, y *El triunfo del Cenizo*, cuento vivido por el autor en un reñidero clandestino de gallos de La Cisterna, según cuenta en *Gente de mi tiempo* (1). Se combinan con gran efectividad en este cuento la ternura paternal de Vicho por su hija Tila y su afición ilimitada por las riñas de gallos. Las peleas de estas aves dan oportunidad a la pluma de Durand para mostrar su extraordinaria capacidad colorista. Con agilidad, maestría y sensualidad por los colores —sensualidad de hombre que tiene dificultades para la visión— nuestro novelista deja en las páginas de *El triunfo del Cenizo* inolvidables descripciones, como este ejemplo:

“Una pluma azuleja de la cola del giro relumbra en el listón de sol que cruza la arena. Se observan un instante, inmóviles, las patas en arco, temblando de coraje el cuerpo y el cuello con las plumas erizadas. Es el minuto de la belleza y de la gracia que tiene la lid. Y casi en seguida, las dos pequeñas furias se embisten con tal brío y fiereza, que sus estocadas resuenan con golpes secos, haciendo volar las plumas en el redondel mientras la sangre vier-

(1) Páginas 75-76.

te de las profundas heridas, escurriéndoseles por entre el plumaje, que se les pega al cuerpo quitándole su gracia movible y colorida. Son entonces dos pequeños enanillos trágicos que se buscan instintivamente, empleando todas las reservas que hay en su prodigiosa vitalidad”.

En algunos fragmentos de *El triunfo del Cenizo* incluyó Luis Durand toda su sabiduría estilística.

* * *

Llegamos al último libro de narraciones breves que escribió nuestro novelista, *Casa de la infancia*, en 1945. Diez relatos lo forman:

Casa de la infancia;

Misiá Panchita;

La viajera;

Carmela;

Afuerinos;

El lampalagua;

Cachañita cantora;

La Elisa;

El alicanto, y

Por una mujer.

El relato inicial es, más que nada, una evocación del hogar traiguenino, una hermosa descripción de la casa de la niñez, llena de esa sana poesía campesina que Durand gustó siempre de incluir en sus relatos. Pero el cuento del volumen es *Afuerinos*. Acaso los tres mejores cuentos salidos de la pluma de Durand, los que más perdurarán en nuestras letras, son *La picada*, *Vino tinto* y el citado. Si los anteriores tienen el mérito de aportar visiones de la realidad nacional, a través de personajes logrados y mejor observados, extraídos de la gran cantera artística de Durand, la vida del campo, en *Afuerinos*, se fija y se da categoría innegable a un rasgo

del hombre: su transhumancia, su tendencia al vagabundeo, su ansiedad de nuevas tierras.

Alvaro Pérez y Rosendo Farías son tipos humanos extraídos de una certera observación de nuestra realidad campesina. Risueños y alegres, felices solamente con las monedas de sol y de paisaje que se dan en todas partes, vagabundos y enamorados del vino, recorren los caminos sin rumbo fijo, filosofando a su modo, y haciendo muchos sacrificios para eludir, con una cabriola ingeniosa, las posibilidades de trabajo.

Ellos podrían trabajar en las tierras de Jesús Chandía. Así lo han decidido, pero la enemiga fantasía, como un gusano de oro en la cabeza de Alvaro Pérez, se interpone en sus débiles intenciones sedentarias. Alvaro Pérez ha soñado esa noche, mientras duerme sobre la paja, con una realidad que nunca ha de alcanzar en otro mundo que no sea el de los sueños y las divagaciones. Y ese sueño inefable le alivianará el tranco, le dará alas a una imaginación exacerbada por la pobreza. No piensa entonces en el trabajo que les ha ofrecido don Jesús, sino en perderse tras un recodo del camino y seguir hasta donde éste llegue. Su consigna es pisotear horizontes:

“... Se descolgaron hacia la calle por la ventana. En ese momento el sol, como un rubí gigantesco del cual se desprendían llamas enrojecidas, se encumbró por encima de un cerro. Y la luz, con su aliento vivificante, animó e inundó de alegría todo lo que se extendía por el campo.

“Rosendo Farías exclamó:

“—¡Lindo día, hombre!

“—¡Lindo!

“Y fué entonces el Negro Pérez quien propuso:

“—¿Qué te parece que volvamos otro día a trabajarle a on Chandía?

“Rosendo, con aire de fatiga y displicencia, repuso:

“—Muy justo. Alguna vez el pobre también ha de darse gusto en algo”.

"Darse gusto": expresión que resume una de las características de nuestro pueblo: el desprecio a la consecuencia y la mirada al futuro como algo intrascendental. Valoración del *gusto* y del *boy*, que Durand pudo apreciar con esas especiales antenas suyas, afinadas siempre para lo que significase chilenidad.

* * *

En estas páginas hemos deseado rendir un homenaje a Luis Durand. Menos ocupaciones y premura nos permitirán alguna vez trazar las líneas que merece su poderosa contribución a las letras de Chile, y su altísima condición de definidor de lo nacional.